

Vigo, 18 de junio de 2021

Buenas tardes a todas y todos:

Me alegra mucho ver de nuevo esas caras llenas de ilusión que se adivinan detrás de las mascarillas. Este año vengo a la graduación con la orla ya colgada en mi despacho, así que aprovecho para agradecer a mis ahijadas y ahijados ese regalo. Creo que colgar una nueva orla es mi momento favorito en lo que respecta a la docencia, porque aún no me acostumbro (ni quiero acostumbrarme) a este maravilloso reconocimiento de mis estudiantes de primero cuando ya están terminando el grado. Reconozco que cuando colgué la de este año, de repente se presentó ante mis ojos el inquietante misterio de la “extraordinaria orla menguante”. Sin embargo, examinado de cerca, este misterio reveló que la orla de este año tiene aspectos muy positivos como la no menos extraordinaria mayoría abrumadora de chicas (14 de 19) y el relativo equilibrio entre energía y recursos (11 a 8 este año frente a 40 a 7 del curso pasado). Desde luego es histórica.

Así que aquí estamos, menos de los habituales pero no con menos ilusión. Hace unos meses los augurios no pronosticaban poder celebrar un acto de graduación este curso, así que en cierto modo el mayor motivo de celebración hoy es que podamos celebrarlo. Hace unas semanas, Carmen, una compañera vuestra de segundo me comentaba lo que suponían estos avances con esta frase que comparto al 100 por 100:

“Poco a poco volvemos a la antigua normalidad o más bien nos vamos acostumbrando a esta, con lo cual cada pequeño cambio en las normas que se asemeje un mínimo a la vida antes del virus nos parece increíble”

Cuando pienso en mi discurso de graduación, me siento transportado al aula M-211 hace 4 años y me imagino allí con vosotros. Esa no es un aula cualquiera, es el kilómetro cero de todos los estudiantes que se embarcan en esta aventura de ser ingeniero de la energía o de los recursos mineros y energéticos. Y muy probablemente yo soy la persona que más horas ha pasado en ella; desde luego soy el que más pizarras ha rellenado y borrado. Aprovecho para agradecer a David Patiño que atendiese hace unos años como responsable de infraestructuras en la Escuela mi petición de renovar la pizarra, con la que me siento muy cómodo. En enero de 2017 organicé una escuela de invierno de la red española de sistemas dinámicos (sean lo que sean los sistemas dinámicos) y los cursos se impartieron en esa aula. Se matriculó en este pequeño curso Roberto, un ex-alumno de Energía con una inusual afición por las matemáticas en parte contagiada por su padrino de promoción (de hecho vino para el curso expresamente de Noruega, donde estaba haciendo el máster y donde hace unos días ha

defendido su tesis doctoral de manera brillante junto a Jairo, otro alumno de la misma promoción). Un día le preguntó uno de los participantes, un amigo mío profesor en Barcelona: “¿es cierto que esta es el aula de Liz?” Él contestó: “en realidad no, pero él está convencido y nadie le quiere llevar la contraria”.

Hoy esos tiempos de primero ya os parecen muy lejanos. De hecho parece que ya sólo nos acordamos del confinamiento y cómo lo puso todo patas arriba. Pero no todo fue negativo: entre los aspectos positivos en el entorno académico, a mí esta crisis me ha ayudado a valorar aún más la importancia de esa relación cara a cara entre profesorado y alumnado que aporta la magia y el auténtico sentido a nuestra profesión. Y a vosotros, no lo neguéis, se os pasado por la cabeza esa descabellada idea de tener ganas de volver a clase. Y no quiero ni imaginar las ganas de vuestros padres de que volvierais a clase.

Creo que ya os había comentado que mi confinamiento el curso pasado fue mucho más llevadero gracias a las cartas compartidas con el alumnado, especialmente con el de primero pero también alguna con el de cuarto, esa generación que de momento se ha quedado sin acto de graduación y de la que también soy orgulloso padrino (les mando un cariñoso saludo). Me gustaría compartir una frase que me escribió Ángela en una maravillosa carta en la que me contaba cómo acabó en la Escuela:

*“Cuando llegue el día en el que tenga un puesto de trabajo, no se si seré buena en ello, ni siquiera sé si me equivocaré al elegir mi camino. Pero lo que sí sé es que tú acertaste con el tuyo.”*

Pronto vosotras y vosotros también vais a elegir un camino que os conducirá a una profesión. Ojalá que acertéis, pero en todo caso recordaréis siempre esa importante parte del viaje que pasasteis en la Escuela. Empezar ese camino con vosotros en el kilómetro cero (aquella aula M-211) fue una gran responsabilidad. Terminarlo en este acto es un inmenso honor. ¡Muchas gracias!

Eduardo Liz Marzán

Padrino del grado en Ingeniería de la Energía, Universidad de Vigo